

LA TARDE

Año XXIX

Diario republicano

Número 7.743

FUNDADOR:

J. LÓPEZ BARNÉS: REDACCIÓN:

AVENIDA DE ALVARO DE ALBORNOZ

Corca, Martes 29 Junio 1937

BANCO POPULAR DE LOS PREVISORES DEL PORVENIR

FUNDADO EL 14 DE JULIO DE 1926

CAPITAL: 30.000.000 de ptas.

Dirección telegráfica: "PREVISOR"

Casa Central: Avenida Conde Peñalver, núm. 20. MADRID

SUCURSALES Y AGENCIAS: Alcalá de los Gazules, Alcázar de San Juan, Algeciras, Algineel, Alhama de Murcia, ALICANTE, Almagro, Barcelona, Barrota de San Juan, Benavite, Benifayó, Berlanga de Duero, BILBAO, Brozas, Bullas, CÁDIZ, Cantavero, Cebrat, Cieza, El Estrecho, El Graño, Grao, HUESCA, Illiosto, JAÉN, Jerez de la Frontera, Lugo, Manises, Manóvar, OVIEDO, PALENCIA, PAMPLONA, Paredes de Nava, Puerto La Abredera, SAN SEBASTIÁN, Santa Cruz de Madela, SEVILLA, Socuéllamos, La Solana, TOLEDO, Tomelloso, Toro, Torreón, Vitoria, Yecla, Zaragoza.

TIPOS DE INTERÉS

Desde 1º de octubre de 1935 y a virtud de la norma del Consejo Superior Bancario de observancia general y obligatoria para toda la Banca operante en España, este Banco no podrá abonar intereses superiores a los siguientes:

I.—CUENTAS CORRIENTES

A la vista..... 1,25 por 100 anual.

II.—OPERACIONES DE AHORRO:

a) Cuentas ordinarias de ahorro, de cualquier clase, tengan o no condiciones limitativas..... 2,50 por 100 anual.
b) Imposiciones: Imposiciones a plazo de tres meses..... 2,50 por 100 —
— a plazos de seis meses..... 3 por 100 —
— a plazo de doce meses o más..... 3,50 por 100 —

Regístran para las cuentas corrientes a plazo los tipos máximos señalados en esta norma para las imposiciones a plazo.

Realiza toda clase de operaciones bancarias y las especiales con las compañías de seguros de la Asociación «LOS PREVISORES DEL PORVENIR».

Sucursal en Puerto-La-Abredera:

Francisco García Carrasco, n.º 12. — Teléfono núm. 39

Colaboraciones

Para LA TARDE

El pensamiento en armas

¿HABLA DIOS?

Marcelino Domingo, el infatigable luchador, el gran literato y pensador hispano, ha publicado en México, un maravilloso y nunca bien ponderado artículo, del cual han sido hechas numerosas tiradas. En él afirma el entusiasta propagandista que Dios habla en la actual contienda. «Ha hablado, sin duda alguna, en esta guerra realizada contra una Patria: la España, donde cantaron a Dios San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús; patria de místicos, de ascetas y de héroes... Dios ha hablado y los cristianos de verdad han de sentirse confortados en su fe, por esta palabra divina.»

No es extraño que Marcelino Domingo, espíritu elevado y francamente idealista, busque en una Abstracción Suprema consuelo a las miserias y vergüenzas terrestres. Lo han hecho todos los grandes genios que han guiado a la Humanidad. «El león —escribe Michelet— tiende al desierto, el águila a las cumbres de las montañas, el hombre hacia la idealidad, hacia Dios mismo». Perdida la confianza en lo Absoluto, que encontraba el heleno autor de los «Diálogos» en la contemplación del cielo estrellado y en el sentimiento del deber en el fondo del corazón, la tierra parece demasiado sombría y ese cielo vacío de dioses se nos antoja un amenazador y tétrico enigma. No hay consuelo para los tristes, para los injustamente perseguidos y atormentados, sino en la esperanza en un justiciero y repudiador «más allá».

Pero ¿es verdad que Dios ha hablado en España y en esta apocalíptica lucha de monstruos y tiranos? Al pensarlo el ánimo se siente abatido y el corazón agitado por indescible angustia. Si existiera un Dios y hubiese hablado, no se hubieran cometido los horrendos crímenes que conmueven al Mundo, espantado de su ferocidad; no hubieran sido infringidos todos los preceptos divinos y humanos; no hubiera sido pisoteada la razón por la barbarie, ni el Derecho Natural y de Gentes por la ferocidad, a un tiempo homicida y suicida.

«Habló Dios —dice Marcelino Domingo— cuando la muerte de Sanjurjo». Ciertamente recibió el premio a su maldad; pero ¿qué reparación puede ser la muerte de un caudillo en el asesinato de centenares de millares de mujeres y niños? A un general sucede siempre otro general; a un malvado sigue otro malvado y Dios permite el sacrificio de los inocentes. ¿Es que solamente Sanjurjo y Mola han sido destrozados en su caída de los aeroplanos? La misma desdicha han padecido cientos de aviadores leales. Dios no impide que sean incontables las víctimas y, luego, castiga al verdugo, dejando tras de sí a otros muchos verdugos, para que continúen su obra destructora. En verdad, su palabra, si ha sonado, ha sido demasiado tardía.

Bendice el Pontífice romano a los traidores a su patria y exterminados de muchedumbres y pueblos ino-

centes y, luego, es acometido de una horrible hemiplejía. Dios ha hablado; pero los bendecidos por el supremo Jerarca de la Iglesia continúan su labor infame y otro pontífice, cuando este muera en medio de terribles tormentos, imitará a todos los Pontífices y antepondrá la tierra al espíritu, y sancionará y bendicirá la maldad. Si Dios hubiera hablado, hubiera alumbrado la inteligencia de los hombres, para que no escalaran el Sotillo, cíerigos farisáicos y no haría justicia en un hombre, permitiendo la injusticia y la crueldad en millones de justos. No siempre deja de atar Dios en el cielo, que, según Argensola «ni es cielo ni es azul», lo que los «hacedores de puentes» religiosos atan en la tierra.

Guadalajara. Ciertamente, vamos a suponer que allí ha hablado la divinidad, mas, ¿por qué no dejó oír su palabra severa en Madrid, en Guernica, en Durango, en Almería y en Bilbao? La elocución de Jehová tiene intermitencias terribles de afasia. Se dirá que hablará por fin de manera rotunda y definitiva; pero un Dios que puede evitar el mal y que no lo evita y que se contenta, para restablecer el orden, con lavar con sangre otra sangre, puede tronar en el Sinaí y predicar paz en el Calvario, pero deja en el fondo del alma la duda de si su bondad no se halla a la altura de su sabiduría, de si puede y no quiere evitar el mal, o si quiere y no puede, o si ni quiere ni puede, puesto que, si quisiera y pudiera evitarlo, ¿tíma hipótesis, el

Reímos, sin poderlo remediar

Por muy rebeldes que seamos, sin darnos cuenta de ello, o a sabiendas aunque a regañadientes, contribuimos de continuo a las reglas del buen concierto social. Esto es lo natural y frecuente: reír con el que ríe, llorar con el que llora.

El momento actual no es de epigramas; más parece convenirle la severidad de juicio y aun no le iría mal la jeremiada.

Debe consistir todo en la manera o forma en que nos coge el cuerpo; pero el cronista, mirando a toda la amplitud del horizonte, aunque no deja de percibir la cerrazón reinante, y quiere preocuparse, y quiere tomar un aire grave, y entonar su faz con un rictus doloroso, o afeitar iracundia, no puede, no le enseña, preciso le es confesarlo. Hoy no. Otro día será tal vez.

No puede: el epigrama rezoza en el cronista, bulle como un bichito en él, deambulante y espigiloso, jocoserio, todo *humour*.

Tampoco puede el cronista entonar con acrimonia. Le hacen gracia, una gracia indecible, los mestizos y las mestizas de madera integrista chapados en fascismo, última novedad, género abultante y de un cursi subido, el paio para ir tirando del es-

tómago. ¡Sabemos más! ¡Se ve cada cosa! ¡Cuándo Franco lo sepa! Y se lo hemos de contar.

Pero llegamos al hilarante epileptoide (sin protóxido de nitrógeno), contemplando a los rojos de consistencia de papel de fumar, cariacontecidos y, por si las moscas y aindamais, afectando un aire enfermizo, ahora llenos de tolerancia y comprensión, solícitos y serviciales.

Todos, candidísimos, pensando que esto se va, que esto se acaba. ¿Pero qué? Para unos la abstinencia, para los otros la incontinencia. ¡Oh los patriotas! ¡Ah, qué abnegados!

El horizonte, a no dudarlo, pinta en temporal desecho; mas los primeros términos son de tal modo densamente rielucos, que la tragedia queda oculta tras los telones de un realista poema burlesco; y sin quererlo, y aun tratando de hallar un empaque grave, nos rezuma por doquier el epigrama. ¡No, no, criaturas, esto no se acaba tan aína! Y el día del fin no va a ser a gusto de nadie.

¡Qué gracia tienen todos! ¡Qué desdichados somos todos!

El cronista esca el tablacho, porque empieza a notar que se le marcha el epigrama.

Ignacio Martínez Perier

mal no existiría. Es decir, que nos vemos obligados a volver al tetralogismo, de Lucrecio. No se nos hable del Dios de la Biblia, que es el Jehová de la crueldad y del exterminio. Tal vez el nuevo es más piadoso, aunque según el Evangelio, «no vino a meter paz, sino espada». Su justicia acaso es segura; pero, ante su presencia, las pobres doncellas violadas y asesinadas luego, los ancianos martirizados, los campesinos ametrallados en su éxodo aterrado por las carreteras, las hembras a quienes se sacó a bayonetas el feto del vientre, las ciudades trocadas en ruinas, cuando el Supremo Creador les diga que habló luego para castigar a unos cuantos verdugos tendrán algo que replicar. «Podrá la tierra no ser el centro de las almas» conforme a la frase del poeta; pero si es así, no es en ella en donde debe haberse de Dios, sino en ese centro demasiado hipotético, en el cual tal

vez, pueda demostrarse que la parte es mayor que el todo, que el círculo está formado por ángulos rectos y que es justicia permitir el absurdo, la maldad, el crimen y la violación de todos los postulados éticos, para darse después, el gusto de dejar para fílico a un Papa o descuartizado a un soldado traidor, con lo cual nada se remedia y el mal sigue dominando en la tierra, como si no hubiera sido creado por un Dios, sino por una fuerza bruta, que no sabe hablar, ni siquiera compadecer.

«Dios habla, se nos dice por este hombre sabio y bueno que se llama Marcelino Domingo, no como en las capillas doradas de los Jesuitas, sino como en las páginas viriles del Evangelio. Habla repetidamente con actos que son su presencia, una presencia que condena a los condenables y a los irremediadamente condenados. Quienes no sepan verla es que no